

## Comunicación del P. Villasante sobre la réplica del Sr. Altube al Sr. Michelena acerca de sintaxis vasca

He leído con muchísimo interés la réplica del Sr. Altube a las observaciones o reparos hechos por el Sr. Michelena a propósito de la obra *Erderismos* y de las reglas de sintaxis vasca en ella formuladas. Creo que esta polémica puede resultar sumamente útil y fecunda, por cuanto contribuirá a dar alguna luz sobre un punto importantísimo para cuantos se dedican a escribir en euskera.

Un servidor no está completamente ajeno al origen de esta polémica, ya que las críticas del Sr. Michelena fueron formuladas precisamente con ocasión de comentar mi discurso de entrada en la Academia (1). Por ello he creído conveniente expresar lo que actualmente siento acerca de la cuestión. En mi discurso de entrada en la Academia sostenía yo, en efecto, que el euskera literario, en cuanto a su sintaxis, debe guardar las reglas formuladas en *Erderismos*, pues daba por demostrado que este estudio meritorio del Sr. Altube ha puesto en claro cuál sea la sintaxis propia del euskera. Mas confieso que la crítica del Sr. Michelena me hizo impresión, y desde aquella fecha hasta hoy, por efecto de observaciones propias y ajenas, mi actitud en este punto no es tal vez tan terminante como era entonces.

En primer lugar, las reglas de *Erderismos* son, hablando en general y por lo que respecta a nuestros dialectos (ignoro si allende el Bidasoa se observan) las leyes del euskera oral. Pero querer trasplantar o aplicar a rajatabla las leyes del lenguaje oral al escrito o literario, ¿es legítimo? ¿No tiene el lenguaje escrito sus exigencias peculiares y su condición propia, que pueden justificar el que el escritor pase por alto tales normas? En particular, el lenguaje oral es siempre mucho más sencillo y directo, y en él no ofrece complicación mayor el expresarse según dichas normas; pero en el escrito es forzoso recurrir muchas veces a incisos un tanto largos, combinar varias oraciones subordinadas, etc., y entonces, el guardar a punta de lanza dichas reglas contribuye no pocas veces a dar pesadez al estilo y a oscurecerlo para la lectura. Y no se diga que tales oraciones largas no deben usarse en euskera, pues hay géneros y modos de concebir y de expresarse que exigen tal estilo, tanto en euskera como en cualquier lengua. El que quiera comprobarlo, no tiene más que ponerse a traducir al vasco ciertos documentos del Magisterio eclesiástico (pongo por ejemplo), y verá el trabajo ciclópeo que representa el hacerlo guardando las mencionadas reglas. Yo tengo hecha la prueba y por eso lo digo (2). En cambio, tengo visto también cómo traducen al alemán estos mismos párrafos y observo que no tienen

(1) Aita Villasante, *Literatur-euskara*, San Sebastián 1952 (Publicado en el Boletín de Amigos del País).—Luis Mitxelena, *Arnaut Oihenart*, San Sebastián 1953 (en el mismo Boletín).

(2) Véase nuestra traducción de la bula dogmática *Munificentissimus Deus*, aparecida en Aránzazu, año 1951, núms. 3, 4 y 5. La obra del Dr. Marigorta, *Andra Mari de la Asunción-Vasconia Asuncionista*, reproduce el texto íntegro de las versiones castellana y vasca, puesta a frente a frente; la castellana está tomada de Ecclesia, la

inconveniente en seguir poco más o menos el mismo orden de la construcción latina (3). El imponer normas tan rígidas ¿no es acaso poner al vasco trabas y obstáculos que no ayudan nada a su vida y al fomento de su literatura?

Y luego tenemos el hecho de que los escritores vascofranceses, ni en el pasado ni en la actualidad, han observado tales reglas. Y no se puede negar que ellos han sabido crear una literatura vasca que se recomienda por su gracia, flexibilidad y airosidad. Baste citar el último bellísimo libro del Vicario General de Bayona, Kattalinén Gogoetak (4). Por el contrario tengo la impresión de que a los vascofranceses el euskera que escribimos nosotros les parece con frecuencia un tanto pesado; recuerdo en este momento la crítica de que fué objeto por parte de sus paisanos el P. Lhande cuando empezó a escribir en guipuzcoano y según las normas literarias de aquí. Dijeron que se había puesto a escribir «*euskara idor eta dorpe batean*» (5). Esta impresión ¿no será debida a la mencionada sintaxis?

También recuerdo que cuando leí en la revista *Cernika* el discurso de entrada en la Academia del Sr. René Lafon, me sorprendió el que su sintaxis estuviera en total desacuerdo con las reglas de *Erderismos* (6). ¿No querrá ello decir que el sabio catedrático de lengua y literatura vascas no las considere consustanciales al euskera?

En cuanto a los escritores vascos de esta parte del país, es también un hecho que no se han guardado tales reglas hasta el llamado renacimiento de fines del pasado siglo y lo que llevamos del actual. Ahora bien, ¿ha sido todo ganar la introducción de tal sintaxis? Yo tengo la impresión de que los libros anteriores a este movimiento literario eran más asequibles, más fáciles de leer y de entender para el lector euskaldun sencillo y carente de iniciación especial a la lectura euskérica. Autores como el traductor Arrue o el P. Añibarro o Juan Bautista Aguirre, con sus obritas de construcción de tipo románico, son más fáciles y asequibles al pueblo que los libros de los escritores actuales con su sintaxis según las normas de *Erderismos*. El año 1948, se publicó en Bilbao una obrita del P. Mancisidor S. J. titulada *Otoitz-bidea*, a la que el público euskaldun dispensó una acogida de favor; en cambio, el círculo de aficionados o de profesionales de nuestra literatura, juzgó bastante desfavorablemente esta obra, debido a las muchas infracciones que tiene de las mencionadas reglas de sintaxis. Pues bien, hechos como éste ¿no debieran

(3) Puede verse, por ejemplo, la comprobación de este aserto confrontando la traducción alemana de muchos documentos del Magisterio tal como aparece en el libro del P. Lennerz S. J., *Natürliche Gotteserkenntnis*, Herder 1926, y comparando dichos textos con su original latino tal como vienen en el *Enchiridion* de Denzinger. Valga un trozo por muestra. Texto latino: «Atque inter huiusmodi erroris magistros ex constanti et fere communi per Germaniam fama adnumeratur Georgius Hermes, utpote qui audacter a regio, quem universa traditio et SS. Patres in exponendis ac vindicandis fidei veritatibus tramitem stravere, deflectens, quin et superbe contemrens et damnaans, tenebrosam ad errorem omnigenum viam moliat in dubio positivo tamquam basi omnis theologice inquisitionis et in principio, quod statuit, rationem principem normam ac unicum medium esse, quo homo assequi possit supernaturalium veritatum cognitionem» (Denz, 1619). Texto alemán: «Zu diesen Lehrern des Irrtums ist nach der ständigen und in Deutschland fast allgemeinen Ansicht Georg Hermes zu rechnen, der kühn von dem königlichen Wege, den die ganze Überlieferung und die heiligen Väter bei Erklärung und Verteidigung der Glaubenswahrheiten eingeschlagen, abgewichen, ja hochmütig sogar ihn verachtete und verurteilte, und sich um einen finsternen Weg zu allerlei Irrtum bemüht hat; danach soll der positive Zweifel die Grundlage jeder theologischen Untersuchung bilden, und als Grundsatz gilt, die Vernunft sei Hauptnorm und einziges Mittel, durch das der Mensch zur Erkenntnis der übernatürlichen Wahrheiten gelangen kann» (De la citada obra de Lennerz, p. 81).

(4) P. Arradoy, *Kattalinén Gogoetak*, Baionan, 1955.

(5) Véase *Euskera*, revista de la Academia, año I (1920), número 2, pág. 85.

darnos que pensar? ¡Cuántas veces me ha tocado palpar este caso doloroso: personas de pueblo que corrientemente no hablan más que euskera, y que sin embargo rehusan leer nada en vasco, porque dicen que no entienden los libros euskéricos! Yo creo que en este hecho tiene su parte considerable la sintaxis que empleamos al escribir en euskera. Es una sintaxis que obliga a tener suspensa la atención hasta el final de la frase, en que viene la oración principal, y esto desorienta ciertamente al lector no avezado. Pues bien, si es tan urgente para la vida de nuestro idioma el conquistar más lectores de los libros euskéricos entre el pueblo, ¿no estará justificado el buscar aquella construcción que haga más fácil, inteligible y atractiva la lectura? Parece una paradoja decir que la sintaxis que observa el pueblo cuando habla euskera, se le haga a este mismo pueblo difícil cuando la ve aplicada en el escrito. Y sin embargo, así es. Y es que el lenguaje hablado, por la inflexión de la voz y otros recursos, salva fácilmente los inconvenientes (además de que no suele haber en él períodos largos o un tanto complicados). Reiteradas veces, y con dolor, me ha tocado observar la dificultad y aún diría repugnancia que experimentan los más de los niños de nuestro Colegio (aun siendo euskaldunes y alumnos de la clase de euskera) para la lectura de los libros en nuestra lengua; y no me cabe la menor duda de que esta dificultad nace en gran parte de esa construcción tan enrevesada y opuesta a la que ellos están familiarizados por sus estudios de latín y de castellano. Y supuesto que todos nuestros lectores se hallan en condiciones parecidas, pues todos aprenden a leer en escuelas castellanas y están familiarizados con la sintaxis de tipo románico, la misma lucha por la vida ¿no nos debe aconsejar hacer algunas concesiones a esta dura realidad?

Alguna temporada que he estado tomando la lección de Catecismo a los niños de nuestro barrio de Aránzazu, me ha parecido observar que esta construcción impecablemente ortodoxa según los cánones del Sr. Altube, se les hace difícil de tragar. Eso de tener que aprender respuestas un tanto largas en las que la atención tiene que estar como suspensa y sin descanso hasta el fin, en que viene la principal, era algo con lo que siempre tropezaban los pequeños.

Además, aún en el lenguaje hablado suele el pueblo apartarse con bastante frecuencia de estas reglas, y creo que hay razones prácticas de comodidad, etc., que explican este hecho. Una vez que a uno de estos niños de Catecismo le mandé narrar la parábola del hijo pródigo recuerdo que empezó de la siguiente manera:

«*Gizon batek eukan bi seme*».

(Eso, después que a mí me la habían oído contar al modo consabido:

*Gizon batek bi seme zeuzkan*).

El hecho puede tener su explicación psicológica; echando primero el verbo, el narrador hace una pausa y tiene tiempo para pensar lo que tiene que decir a continuación. Y razones de este orden o parecido hay mil, que aún en el lenguaje hablado nos hacen apartarnos de las reglas de una sintaxis ideal.

*Amak esan du kalera joateko, eta an au ta ori ta bestea egiteko...*

Si trasposiciones semejantes son corrientes en el habla oral (porque son indudablemente más claras), con mayor razón se han de poder hacer en el escrito.

A un Padre predicador de la Orden tengo oído que en Navarra existen pueblos absolutamente euskaldunes que en su habla no guardan muchas de las mencionadas reglas

vascuence navarro, *Yesukristo gure Yaunaren bizia* (Pamplona, 1934), en el que nunca o casi nunca se guarda aquella regla del «gaixotu *egin* da aita»; ello es sin duda debido a que el vascuence oral que el autor toma por norma, desconoce tal regla.

Ya sé que el Sr. Altube dirá que estos casos, como el hecho de que los escritores antiguos no hayan guardado estas reglas, se debe al influjo latino. Sea así; pero ésta es una realidad con la que hay que contar. El vasco puro e ideal es una abstracción que creo que nunca ha existido. Si pudiéramos remontarnos a tiempos pretéritos del idioma, tal vez descubriríamos que las leyes deducidas por el Sr. Altube del vasco popular, las tomó nuestra lengua por efecto de anteriores influjos y contactos con otras lenguas de épocas remotas. Por tanto, ¿cabe hablar de un valor absoluto de tales reglas?

Ahora, en cambio, desde hace siglos los vascos vivimos rodeados de lenguas y culturas, cuya manera de construir tiene que influir inevitablemente en nosotros. Y si queremos que nuestra lengua sea viable y funcional, tenemos que hacer concesiones a las condiciones concretas en que nos ha tocado vivir. A buen seguro que la índole de nuestra lengua sería muy distinta, si, en lugar de vivir ella en el occidente de Europa, le hubiera tocado vivir en Asia o en Oceanía o en cualquier otra parte del mapa. Tal vez creemos demasiado en el mito del vasco puro, aislado de toda influencia, en vez de fijarnos en el vasco tal como es en concreto. Vale también aquí lo de: «Yo soy yo y mis circunstancias». El P. Salvador Michelena me hizo observar que entre los vascofranceses se da con más frecuencia que entre nosotros el caso de personas venidas al país en edad adulta y que aprenden el vasco; y él lo atribuía a que su sintaxis, más semejante a la de las lenguas neolatinas, facilita mucho dicho aprendizaje.

El Sr. René Lafon, en su estudio sobre la evolución del verbo vasco (7), nos muestra la profunda transformación sufrida por éste hasta llegar a su forma actual, y afirma que la causa de dicha evolución fué precisamente el influjo de las lenguas románicas vecinas. Los vascos empezaron a sentir la necesidad de expresar matices que en el verbo vasco primitivo no existían, y tal necesidad la sintieron precisamente porque estaban en contacto con lenguas vecinas en cuyos verbos existían tales matices. Tal evolución revistió la forma de un movimiento inconsciente de carácter general, dando por resultado una aproximación de nuestro verbo al de las lenguas románicas; así se creó, por ejemplo, el modo subjuntivo y otras categorías, de que antes carecía. Pues bien, ¿no se podrá hablar también aquí de una tendencia de la lengua a disminuir las distancias con los vecinos en materia de sintaxis? Y hasta cierto punto ¿no será atendible tal tendencia? No creo, por otra parte, que el descuido o abandono de estas reglas sea mortal para el vascuence o que haya de traernos perjuicios irreparables. Lo esencial es que se hable y se escriba en euskera. El hablante y el escritor buscará siempre recursos nuevos de expresión, como también medios de evitar las anfibologías.

Tal vez pueda servir también para ilustrar el asunto el caso del latín. Sabido es que el latín clásico o ciceroniano tiene una sistaxis o hipérbaton que se nos hace muy complicado; tanto que, fuera de unos cuantos clasicistas o aficionados, casi nadie lo emplea; cuantos escriben en latín por fines utilitarios, pedagógicos, didácticos, etc. emplean una construcción que se recomienda por ser más clara, sencilla e inteligible.

En fin, creo que fué Goethe quien dijo que para escribir bien hay que olvidar la Gramática. Claro está que el olvido de quien antes la ha aprendido, es muy distinto de la ignorancia del que nunca la estudió. Quiero decir que considero muy valioso y muy provechoso para los escritores el estudio de las reglas del Sr. Altube y el tomarlas como unas orientaciones generales, buenas y seguras; pero creo que en la práctica, y en casos particulares, hay no pocas veces razones superiores que justifican el prescindir de ellas.

En conclusión, mi opinión es que se debe publicar el trabajo del Sr. Altube en nuestro boletín *Euskera*, ya porque tiene perfecto derecho a exponer su pensamiento, ya para dar lugar a llamar la atención de otros sobre el asunto, ya en fin porque espero que ello moverá al Sr. Michelena a hacer un trabajo *ex professo* sobre el tema, trabajo que creo podría ser de utilidad muy general para todos.

L. VILLASANTE

